



Seix Barral



Txani Rodríguez

Los últimos románticos





Seix Barral Biblioteca Breve

Txani Rodríguez
Los últimos románticos

© Txani Rodríguez, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2020

ISBN: 978-84-322-3658-7

Depósito legal: B. 5.849-2020

Composición: Moelmo, SCP

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Las cosas pasaron como pasan los trenes de mercancías: con un estruendo de velocidad anunciado desde lejos. Pensándolo ahora, me resulta difícil delimitar el momento en el que se percibe por vez primera el ruido previo al fragor, hueco e imprevisible, pero pudo ser, por ejemplo, cuando, al poco de haber salido de la fábrica, noté que las asas de las bolsas de plástico se me estaban clavando en las palmas de las manos. Una simpleza, lo sé, pero cuando esté a punto de morir —algo que espero que ocurra dentro de muchos años—, y en mi agonía se sucedan imágenes del pasado, sé que me asistirán instantes menores: conversaciones intrascendentes, aburridas mañanas de noviembre, cenas frugales.

En efecto, fue por una simpleza, porque las asas se me clavaron en las manos, pero otras muchas veces no había sido consciente del dolor ni del abandono físico. He llevado las lentillas hasta que los ojos se me han ulcerado, me he conducido por las calles con la ropa manchada por la regla, he te-

nido tan largas las uñas de los pies que me he hecho sangre en los dedos, he bebido hasta el vómito y he dejado que se me infectaran heridas superficiales que yo misma me había producido. Esa noche, en cambio, noté el dolor y reaccioné: me senté en un banco, dejé las bolsas en el suelo y me masajeeé las manos. Después, tras varias jornadas insomnes y velados ataques de pánico, me atreví a palparme, al fin, el pecho izquierdo. Constaté que tenía un bulto cerca del pezón. Me derrumbé contra el respaldo metálico. Tres hombres pasaron por mi lado diciendo algo sobre la ultraderecha y el final de Europa. Me puse a caminar, muy rápido, como las personas que, por prescripción médica, transitan el paseo a primera hora de la mañana. Me adelantaron varios compañeros de la fábrica, pero no repararon en mí: cuando salimos del turno de tarde todos queremos llegar cuanto antes a la mesa de la cocina, a la barra del bar, al colchón viscoelástico. Avanzamos con brío, esperanzados, ajenos a la sensación de derrota que nos vencerá minutos después, tras haber cenado un filete, tras habernos bebido una cerveza, porque encontrarse un poco mejor no es lo mismo que encontrarse bien, y bien del todo, no nos encontrábamos. Yo, al menos, me encontraba bastante mal. Y encima, el bulto, porque tenía un bulto, no había duda. Traté de convencerme, mientras caminaba, de que la hinchazón era leve, o de que sería cosa de las hormonas, de que tal vez estuviera ovulando, o de que, en fin, ya tenía

cuarenta años y ya se sabe. Pero solo conseguí sentir frío en el cuerpo y calor en la cara, y dolor en el estómago y rigidez en la espalda.

El paseo era un lugar bastante feo que a veces parecía bonito. Sucede lo mismo con algunas personas. Discurría, entre las vías del tren y el río, paralelo a un polígono industrial que estaba medio abandonado. Para camuflar la desangelada visión que ofrecían los raíles y las traviesas, habían plantado una apretada hilera de cipreses, a cuyos pies se extendía un pequeño césped. En el lado izquierdo del camino se alternaban los ciruelos y los cerezos. Al otro lado, indiferente, el curso del agua. El césped se agostaba con facilidad y a menudo tenía la sensación de que no había nada con lo que recrear la vista, pero algunos días se obraba el milagro. Podía ser que hubiera llovido: las gotas de agua se detenían centelleantes en las yemas de los árboles, el cauce descendía revuelto y decidido y el aire fresco se mezclaba con el pertinaz aroma de los eucaliptos. También podía ser que se hubiera levantado el viento sur, revolviendo el pelo y las intenciones: las flores de los cerezos y de los almendros caían leves sobre el césped, y la perspectiva hacia el pueblo parecía, bajo la luz del atardecer, una viñeta de Jiro Taniguchi.

Resultaba posible experimentar aquellas sensaciones medio poéticas porque la naturaleza se imbricaba tozuda entre los bloques desarrollistas, los pabellones industriales, las madereras, la plan-

ta de reciclaje, las carreteras, los humos de las chimeneas. Había que estar de buen humor, eso sí, para sentir aquellos accesos al ver, qué sé yo, una margarita; si la disposición de ánimo no ayuda, hay poco que hacer, ni Jiro Taniguchi, ni nada.

Podría decir que me sorprendió, pero ya me había acostumbrado a que me dejara el descansillo hecho un asco. Así que apoyé las bolsas en la pared, abrí la puerta de casa, saqué una escoba y un recogedor del armario del balcón y volví al rellano. Esta vez solo había esparcido un puñado de colillas apestosas. Podía haber sido peor. Desde que lo denuncié, raro era el día en el que no me encontraba cáscaras de naranja, pieles de pollo o verduras putrefactas, entre otros restos orgánicos.

Ya en el salón, fui vaciando las bolsas una por una: primero saqué la ropa del trabajo y eché el gorro, el pantalón, la camiseta y las toallas a la lavadora; después, cogí las cuatro cajas de leche y los tres paquetes de atún claro en aceite de oliva que había comprado al volver de la fábrica y los coloqué en el armario rinconero de la cocina. Por último, amontoné junto al sofá los quince rollos de papel higiénico industrial que me correspondían del lote semanal. Cada viernes podíamos canjear unos vales que nos entregaba el encargado por pro-

ductos de la empresa, y la gama de productos no era, precisamente, amplia. En ese sentido, los trabajadores tenían más suerte antes, cuando el pueblo no se dedicaba en exclusiva a la celulosa, y volvían a sus casas con galletas de chocolate, por ejemplo. Pero lo de los negocios es cambiante y muy caprichoso. El tipo que inventó la arena para gatos se compró una isla, creo que con eso está todo dicho.

Eché un vistazo alrededor: aquello parecía un gran almacén, tomado por hileras de torres de papel higiénico que desprendían un olor similar al de los polvos de talco. La invasión se contaba por metros cuadrados. No me agobiaba; en realidad, por aquel entonces necesitaba muy poco espacio y muy pocas cosas para vivir: una cocina, un cuarto de baño, una cama, bombillas, la mesa de trabajo, una silla, un sillón, un ordenador que, al menos por rachas, no usaba demasiado y una televisión para ver documentales sobre animales o Historia y, de vez en cuando, alguna película. De todas formas, no puedo decir que, en general, me importara demasiado cómo estuviera la casa, y menos aún aquella noche en la que, tumbada en el sofá boca arriba para no presionarme el pecho, lloraba, convencida de que iba a morir de forma más o menos inminente. Queramos o no, dejarse llevar por ideas fúnebres nos condiciona el ánimo un poquito.

—¡Putá!

Aquel insulto, dirigido a mí, sin duda, y los golpes que mi vecino daba en la pared disiparon mi inquietud porque la multiplicación de problemas siempre produce el beneficioso efecto de la dispersión. Bastante tenía con ir a morir como para no poder hacerlo en paz. Hasta para eso se agradece cierta tranquilidad porque no puede una irse de este mundo de cualquier manera ni andar por ahí con la agonía, como les sucede a los habitantes de un pueblo noruego, dicen que el más septentrional del mundo, donde está prohibido morir. Por lo visto, hace tanto frío que los cuerpos no se descomponen, así que para evitar enfermedades, tienen que irse al sur. El lugar, yo no lo discuto, es idílico: los vecinos salen de sus casas de colores, se colocan la bufanda, se sobrecogen ante la visión imponente de las montañas y de la aurora boreal, y al caminar hacia la cafetería, por ejemplo, mientras escuchan sus pisadas sobre la nieve, pueden encontrarse con un oso polar. Sin duda, debe de te-

ner su encanto tomarse una sopa de carne de reno en Longyearbyen, que así creo que se llama el pueblo, Longyearbyen —quizá lo haya escrito con alguna consonante de menos: ¿Longyearbyeng?—, pero yo no viviría nunca en un lugar donde no pudiera morirme.

Me levanté del sofá y abrí la ventana para que el ruido de la terraza del bar de abajo acallara la furia de mi vecino. La vida es rara y temeraria: apenas unos días después me encontraría echando de menos sus gritos y sus faltas de respeto; apenas unos días después, hubiera dado lo que fuera por que volviera a ensuciarme el descansillo.

Las conversaciones entrecortadas y las risas fueron, poco a poco, tranquilizándome. En algún momento decidí trabajar un poco y me acodé sobre la enorme mesa que presidía el salón y que estaba llena de productos de papelería y de rollos de papel higiénico. Tomé cuatro pliegues, los alisé, y fui doblándolos hasta formar una especie de acordeón. Había realizado tantas veces la misma maniobra que podía llevarla a cabo con los ojos cerrados, literalmente. Después, corté un poco de hilo para hacer un nudo en la mitad de la figura. Había oído hablar del origami y me gustaba imaginarme en Japón, en una pequeña aldea, en una casa tradicional, a poder ser, en una habitación diáfana. Allí, descalza, yo haría figuras delicadas y complejas; de pronto, alguien abriría con sigilo una puerta corre-

dera, se acercaría a mí y me ofrecería un caldo de *miso* y cierta complicidad silenciosa. Los japoneses no son gente parlanchina, y eso me gusta. Tienen sus perversiones sexuales y sus cosas raras, ya lo sé, les gusta salir a la calle vestidos de peluches, frecuentan bares de gatos, lo tienen todo lleno de máquinas expendedoras, y diría que gastan muy mal carácter, pero no conozco a nadie que sea absolutamente normal. Yo, por ejemplo, suelo calentarme la cara con el aire del secador de pelo, y no creo que eso me caracterice en absoluto, aunque es probable que a algunas personas esa costumbre les parezca definitoria. También tengo que caminar siempre por la derecha y cuando me rodean muchas personas, me mareo. Además, pagaba el alquiler de un piso, a pesar de ser la propietaria de una vivienda desocupada, para que al levantar la vista de mis tareas pudiera ver la lápida de mis padres. Cuando vivía con mi madre —mi padre ya había muerto—, solía encontrarme al regresar de la universidad, con la mochila a los hombros, la carpeta de dibujo bajo uno de los brazos, con un vecino que se pasaba el día sentado en un banco cercano al portal de nuestro bloque. Era un hombre de campo. Había dedicado su vida a cortar pinos. Siempre me decía, supongo que sería por la carpeta o porque en aquella época me gustaba vestir como si tuviera ochenta años, con faldas plisadas y camisas abotonadas, que era una bohemia; claro que para él bohemio era cualquiera que, por

ejemplo, llevara bolsas de plástico de casa para hacer la compra o que le echara azúcar moreno al café. El reciclaje era bohemio, estudiar era bohemio, cocinar con curri era bohemio. Recuerdo que un día se fue a recorrer la Península con un mulo que se había traído del pueblo y que guardaba en un solar. Tardó dos años en regresar al barrio.

Tras hacer el nudo, redondeé las puntas del papel y separé poco a poco las distintas capas hasta que mi figura floreció. La ensarté en un palo de madera terminado en punta que había comprado en un bazar chino y la coloqué, junto a otras que ya tenía terminadas, en un florero de plástico que me encontré en la basura y al que alguien le había adherido una pegatina del Athletic de Bilbao. Observé satisfecha el resultado, y sonreí mirando a las lápidas, pero enseguida, como si mi organismo me recordara que debía estar angustiada, que no era el momento de recrearse en nada, el dolor de estómago se avivó y se me aceleraron las pulsaciones. Fui al baño y volví a palparme el pecho. Notaba la hinchazón muy caliente. Me miré el blanco de los ojos por si una subida de la tensión me hubiera provocado un derrame. Me fui a la cama con el móvil y convencida de que los nervios no me dejarían dormir, y me puse a marcar una vez y otra el número de información y reservas de la Renfe para ver si tenía la suerte de escuchar la voz de Miguel María López.